

Principales rasgos de la economía del siglo XX: un siglo de progreso

SUBDIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS
DEL SECTOR EXTERIOR

La proximidad del fin de un determinado período de tiempo suele acarrear la proliferación de estudios que tratan de valorar los hechos acontecidos en dicho período. En este sentido, parece lógico que el cada vez más cercano final del siglo XX esté conllevando la proliferación de trabajos que analizan la evolución de su economía (1).

La práctica totalidad de estos análisis ponen de manifiesto que a principios del presente siglo ningún observador, por muy cualificado que fuera, hubiera sido capaz de predecir la evolución que luego han experimentado variables como la producción mundial, la renta per cápita, la estructura productiva o la distribución de la renta.

A la hora de analizar los cambios acontecidos en la economía mundial, y dada la amplitud del período y la cantidad de hechos acaecidos en el mismo, resulta necesario centrarse en aquellos aspectos que se consideran más relevantes. En concreto, los tres factores que se consideran fundamentales al valorar el crecimiento experimentado por la producción mundial y su impacto sobre los niveles de vida de los individuos son, en primer lugar, *el cambio tecnológico*, que ha permitido un sustancial incremento de los niveles de producción, lo que ha supuesto la mejora de los niveles de vida de una población mundial creciente. Dicho cambio tecnológico no sólo ha posibilitado el aumento sustancial de la productividad sino también una cada vez mayor especialización.

En segundo lugar, *las características del sistema monetario internacional han variado de forma sustancial* a lo largo del siglo XX, siendo la libre movilidad de los flujos financieros el principal factor de globalización existente y con fuertes implicaciones para la política económica que se puede aplicar.

Finalmente, el siglo XX ha sido testigo de *un cambio significativo del papel desempeñado por el sector público* de manera que, tanto en las economías avanzadas como en los países en desarrollo, ha aumentado el ratio del gasto público y de los ingresos públicos respecto a la producción, si bien es cierto que en la última década se han generalizado los procesos privatizadores y desreguladores de las economías, lo que ha supuesto un cierto retroceso del peso relativo del sector público o, al menos, un cambio cualitativo importante.

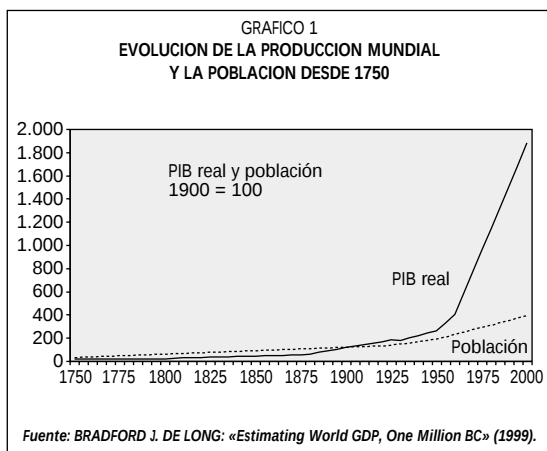
El crecimiento de la producción y la distribución de la renta

Tal y como se pone de manifiesto en el Gráfico 1, y a pesar de las dificultades metodológicas existentes, el siglo XX ha experimentado un impresionante aumento de la producción real que si lo comparamos con el crecimiento de la población ha permitido el aumento de la renta en términos per cápita. En concreto, la producción en términos reales ha crecido a una tasa promedio del 3 por 100 frente a una tasa promedio del crecimiento de la población del 1,4 por 100. Este crecimiento demográfico ha sido la consecuencia no tanto de un aumento de la tasa de natalidad como de la disminución de la tasa de mortalidad, especialmente de la infantil, con el consiguiente incremento de la esperanza de vida.

(1) A este respecto, puede verse IMF (2000): *World Economic Outlook*, capítulo 5; CAFTS, N.: «Globalization and Growth in the Twentieth Century», *IMF Working paper*, WP/00/44; EICHENGREEN, B. y SUSSMAN, N.: «The International Monetary System in the (Very) Long Run», *IMF Working paper*, WP/00/43; y DELONG, B.: «Estimating World GDP, One Million BC», disponible en internet <http://econ161.berkeley.edu>.



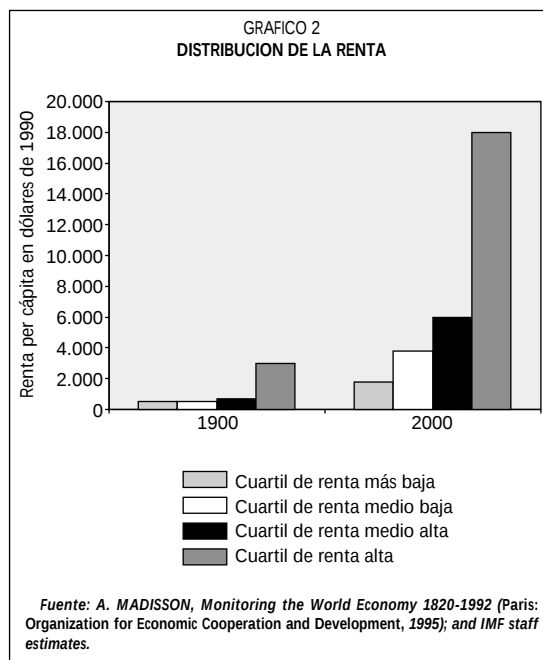
EN PORTADA



Como decíamos con anterioridad, el aumento experimentado por los niveles de renta per cápita refleja el papel clave que en la evolución del siglo XX ha protagonizado el cambio tecnológico que, no sólo se ha centrado en los sectores que ya habían aparecido con el proceso de industrialización del siglo XIX, sino que ha incorporado nuevas áreas de actividad, no sólo en la producción de bienes sino también en los servicios.

No obstante, y a pesar del consenso existente sobre la importancia del progreso tecnológico en la evolución del siglo XX, hay todavía múltiples dudas sobre las causas que explican dicho progreso tecnológico. En cualquier caso, parece evidente que factores como el apoyo institucional, la estabilidad macroeconómica, el establecimiento de unos derechos de propiedad claros, el desarrollo del capital humano y el aumento del gasto en I+D han facilitado el incremento de la productividad factorial total, que es el indicador más comúnmente utilizado a la hora de medir el progreso técnico. Este progreso técnico ha venido acompañado de una creciente división del trabajo y especialización en la producción, siendo el crecimiento de los intercambios comerciales la manifestación más evidente de dicho proceso.

Sin embargo, el proceso de crecimiento de la actividad económica tanto en términos agregados como per cápita ha venido acompañado por notables desigualdades económicas entre países. Así, tal y como se observa en el Gráfico 2, el crecimiento de la renta per cápita ha sido



superior en los países de renta elevada que en las economías de menor renta. Este crecimiento de la desigualdad de la renta se ha visto acentuado por el cambio en el patrón de crecimiento de la producción y de la población, dado que hasta principios del siglo XX, el crecimiento demográfico era mayor en aquellos países con un mayor crecimiento de la actividad económica. Por el contrario, a lo largo del presente siglo, el crecimiento de la población ha sido mayor en los países más pobres. Un análisis un poco más en profundidad de la evolución de las divergencias de renta entre regiones pone manifiesto un hecho muy significativo como es que en muchos de los países pobres de la actualidad, su renta per cápita de finales de siglo es inferior a la de los países avanzados de principios del siglo. Por otra parte, también es relevante tener en cuenta que mientras en 1900 el nivel de renta per cápita en África era la novena parte que en los países más ricos, en la actualidad representa la vigésima parte. Finalmente, el análisis de las desigualdades entre países revela que los cambios en la composición de los mismos desde principios de siglo hasta la actualidad son escasos, de tal forma que las economías que entonces estaban menos desarrolladas continúan mayoritariamente en esa situación.



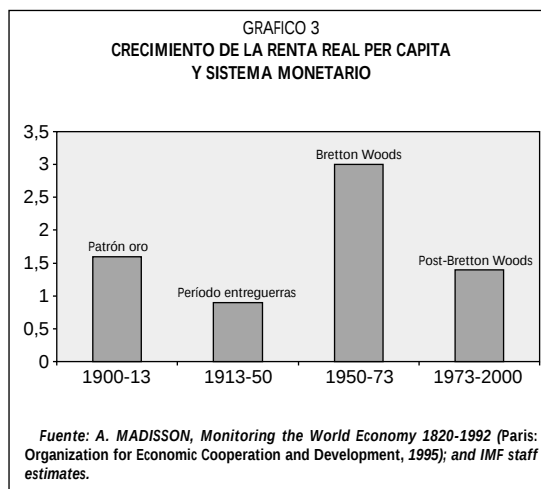
EN PORTADA

El papel del Sistema Monetario Internacional

El análisis de la economía internacional del siglo XX pone de manifiesto el carácter fundamental de la estabilidad del sistema monetario internacional y la elevada correlación existente entre los períodos de crecimiento y los períodos de estabilidad cambiaria. En este sentido, las continuas crisis de carácter financiero de los últimos años han reabierto el debate sobre las ventajas de determinados regímenes cambiarios y la estabilidad que se consiguió en otros períodos como el posterior a la Segunda Guerra Mundial o, en menor medida, el de principios del siglo. En el Gráfico 3 puede observarse cómo los períodos de mayor estabilidad del régimen cambiario han ido asociados a épocas de mayor crecimiento económico.

A la hora de valorar por qué determinados regímenes han acarreado una mayor estabilidad existen varios factores a los que hay que recurrir. En primer lugar, el funcionamiento adecuado del sistema monetario internacional ha sido adecuado cuando los tipos de cambio, ya fueran de mercado o fijos, resultaban creíbles y existía un compromiso explícito o tácito de no alteración por parte de las autoridades. En segundo lugar, la estabilidad del sistema monetario ha venido acentuada por la flexibilidad de precios y salarios, es decir, por la existencia de variables cuya variación facilitara el ajuste. En tercer lugar, y en este sentido las recientes crisis financieras son muy significativas, el movimiento de los flujos de capital tienden a distorsionar los tipos de cambio existentes cuando no están asociados a la inversión productiva y, por lo tanto, son más volátiles a corto plazo. Finalmente, tal y como la crisis de los años treinta y setenta revelan, los regímenes cambiarios son especialmente frágiles cuando existen importantes perturbaciones que afectan a variables clave como la inflación, el desempleo, o el déficit público.

Visto con la perspectiva del conjunto del siglo, las turbulencias de carácter monetario del último cuarto de siglo reflejan en cierta medida la incapacidad del sistema monetario interna-



cional de adaptarse a los cambios de tipo económico, financiero y político del mundo. El fracaso de *Bretton Woods* que, como hemos comentado, estuvo acompañado durante la década de los setenta de un período caracterizado por la inflación, el déficit público y el desempleo, condujo a la búsqueda de un nuevo paradigma económico en los años ochenta y noventa que ha colocado a las políticas económicas en una situación radicalmente distinta a la anterior, en la que una de las características es la reducción de la intervención gubernamental, lo que viene a abundar en una de las características del siglo XX, que es el cambiante papel del sector público.

El cambiante papel del Sector Público

El siglo XX ha asistido a un espectacular crecimiento del peso del sector público, medido como el ratio entre el gasto público y el PIB. Dicho ratio se ha situado a finales de siglo en torno al 40 por 100, en promedio, en la mayoría de países avanzados (Cuadro 1). Aunque este ratio es menor en los países menos avanzados, es superior en éstos a lo que lo era en los países avanzados a principios de siglo, siendo la clave de este incremento el gasto en transferencias, vinculado a la consolidación del estado del bienestar que, desde la Segunda Guerra Mundial, se ha extendido a la mayoría de países. Desde principios de siglo, y dejando al margen el denominado efecto de precios relativos, que se deriva del mayor crecimiento de la productividad



EN PORTADA

CUADRO 1 GASTO PÚBLICO COMO % DEL PIB				
	1870	1913	1960	1998
Australia	18,3	16,5	21,2	32,9
Bélgica	—	13,8	30,3	49,4
Francia	12,6	17,0	34,6	54,3
Alemania	—	14,8	32,4	46,9
Italia	11,9	11,1	30,1	49,1
Japón	—	8,3	17,5	36,9
Holanda	9,1	9,0	33,7	47,2
Noruega	5,9	9,3	29,9	46,9
Suecia	5,7	10,4	31,0	58,5
Reino Unido	9,4	12,7	32,2	40,2
Estados Unidos	7,3	7,5	27,0	32,8

Fuente: OCDE.

del sector privado que del sector público, el sector público ha asumido tareas que antes le eran ajenas, entre las que cabe destacar la provisión de educación y de sanidad pública, dentro de un activo papel de redistribuidor de rentas, siempre respetando en última instancia, y de forma creciente según el paradigma actualmente dominante, el papel del mercado. En este sentido, uno de los aspectos más significativos de la historia económica del presente siglo es el fracaso de las economías centralizadas ya que no debe olvidarse que a lo largo del tercer cuarto de siglo, casi la mitad de la población mundial vivía en países de economía centralizada.

En este contexto, no es de extrañar que una de las líneas de investigación que más se ha desarrollado en el ámbito académico ha sido aquella que trata de determinar bajo qué circunstancias es conveniente la intervención del sector público o, dicho de otro modo, cuándo existen fallos del mercado que justifiquen dicha intervención. Así, han surgido argumentos como el de la información asimétrica y costosa, el monopolio natural o la existencia de bienes públicos y externalidades que han servido de soporte teórico a la intervención pública, con independencia de que ésta se produjera a través de los impuestos, la regulación, los subsidios, o la provisión pública. Estos argumentos han dado paso en las últimas décadas del siglo a una línea de pensamiento que también se ha consolidado como dominante, según la cual la existencia de fallos de mercado no es una condición suficiente de la intervención del sector público, sino que debe probarse que la intervención de éste acaba incrementando el bienestar social del conjunto. En este sentido, las imperfecciones de

la intervención pública junto con el fenómeno de la mundialización de la actividad económica han acabado traducéndose a finales de siglo en un retroceso relativo del papel desempeñado por el sector público.

Conclusiones: algunos retos de cara al futuro

No cabe duda que pese a los logros alcanzados, la situación de la economía mundial plantea una serie de deficiencias que el futuro debiera eliminar. En este sentido, resulta imprescindible, en primer lugar, *mejorar la capacidad productiva y las rentas de al menos la quinta parte de la humanidad*, lo que constituye el principal reto del futuro.

En segundo lugar, la cada vez mayor apertura de los mercados y la creciente movilidad de los bienes, de los servicios y de los factores productivos se ha traducido en una mayor vulnerabilidad de las economías, lo que apunta *la necesidad de fortalecer el actual sistema internacional*. Este sistema se beneficia de una división del trabajo internacional y de una gran rapidez a la hora de difundir la tecnología pero, por el contrario, lleva a una rápida propagación de las perturbaciones adversas, lo que unido a los errores de política interna tiende a sobredimensionar los problemas. En cualquier caso, aislarse de la mundialización no parece ser una opción razonable tal y como muestra la experiencia de aquellos países que en algún momento se han mantenido al margen de los procesos de liberalización de los intercambios. De hecho, para los más acérrimos defensores de la mundialización, las crisis que han golpeado a ciertos países no han sido consecuencia de la excesiva apertura de dichas economías sino de que, por el contrario, no se encontraban lo suficientemente abiertas.

Finalmente, un tercer aspecto que siembra ciertas dudas sobre el actual proceso es el impacto negativo que el proceso de crecimiento puede generar sobre los recursos económicos y el medio ambiente, lo que ha popularizado el concepto de *desarrollo sostenible*. En este sentido, cabe apuntar que los problemas de sostenibilidad en la actualidad ya no se derivan tanto de la presión demográfica existente como del abuso de unos recursos limitados y en muchas ocasiones no renovables.



EN PORTADA